



La Santa Sede

RADIOMENSAJE DE SU SANTIDAD PÍO XII CON MOTIVO DE LA CLAUSURA DEL CONGRESO CATEQUÍSTICO DE BARCELONA

Domingo 7 de abril de 1946

Amadísimos congresistas de Barcelona:

La ardiente solicitud por la salud de las almas, que el Padre de las misericordias se dignó depositar en Nuestro corazón de Pastor universal, Nos ha impulsado a condescender con vuestro deseo, tan pronto como Nos fue manifestado y a clausurar con unas palabras este magno Congreso catequístico.

Y no podía ser solamente el saber que se trataba de la espléndida Barcelona, la luminosa metrópoli mediterránea, famosa por su posición, por su prosperidad y por el espíritu audaz y emprendedor de sus tenaces hijos; ni tampoco las noticias que sucesivamente Nos iban llegando y que Nos alababan la inteligente preparación de vuestro Congreso, su perfecta organización y la cooperación generosa que por parte de todos se le prestaba; fue el conocer que se trataba del estudio, de la propaganda, del método y del progreso del trabajo catequístico entre vosotros; fue el ser informados de que se profundizaban cuestiones tan fundamentales como el derecho y el deber de la enseñanza del Catecismo tanto en las escuelas privadas, como en las oficiales y en la catequesis parroquial

¡El Catecismo! No tenemos intención de volver, en esta hora solemne, a lo que ha sido ya objeto de vuestras sesiones de estudio. Nuestro Venerable Hermano y celoso Prelado vuestro, oportuno y feliz promotor de una reunión que ha de quedar entre las fechas más inolvidables de su Episcopado, os ha recordado a Nuestros inmortales Predecesores Benedicto XIV, Pío X y Pío XI, a quienes se deben las normas definitivas de la enseñanza de la Doctrina cristiana; y Nos mismo, no hemos dejado de hacer oportunamente las exhortaciones que creíamos necesarias. La Cataluña de Raimundo Lulio, autor de uno de los primeros resúmenes catequísticos que se

conocen; la España de Ripalda y de Astete, de Ignacio de Loyola, José de Calasanz y Antonio Claret, catequistas y forjadores de legiones de catequistas, supo enseñar y aprender a través de los siglos nuestra santa doctrina, especialmente en aquellos tiempos felices, cuando el pueblo tenía la cultura suficiente para poder elevarse hasta las cimas teológicas de los «autos sacramentales», aplaudidos y gustados por todos en los atrios de las iglesias, en los patios y en las plazas. ¡Grande educación religiosa la de un país, donde tales representaciones pudieron ser populares!

Correría el tiempo; vendrían los siglos funestos del laicismo y se produciría la dolorosa fractura entre el ciudadano y el cristiano; la Iglesia se vería disputar el campo de la enseñanza y la limada cultura nueva presumiría vanamente de poder prescindir de la religión. Pero con cuáles consecuencias! ¿No habéis topado alguna vez con el descarriado, que llegó a serlo precisamente porque nunca, o casi nunca, había oído hablar de Dios y de su ley? Y si «*non est scientia Dei in terra*» (Os 4, 1), si la ley de Dios se ignora, ¿cómo podrá observarse?; si Jesucristo y su Iglesia son todavía para muchos los auténticos desconocidos, cuando no los maliciosamente desfigurados, ¿cómo han de ser primero amados y luego seguidos? Y si no se conoce a Dios, si no se observa su ley, ¿por qué nos hemos de extrañar que la historia se vaya contando por sucesiones de catástrofes? Y así tiene que ser, pues —si quisiéramos repetir las palabras de Nuestro glorioso Predecesor Pío X— «*ubi crassae ignorantiae tenebris est mens circumfusa, nullatenus possunt aut recta voluntas esse aut mores boni*»; donde quiera que la inteligencia está bloqueada por las densas tinieblas de la ignorancia, es imposible encontrar ni recta voluntad, ni buenas costumbres (cfr. Encicl. *Acerbo nimis*, 15 Apr. 1905, *Pii X Acta* vol. II. p. 74).

El mundo sufre males dolorosísimos, pero pocos tan trascendentales como la ignorancia religiosa, en todas sus clases; urgen en la sociedad enérgicos remedios, pero pocos tan urgentes como la difusión del Catecismo. Los padres en el calor del hogar, los maestros en la seriedad de la escuela, los sacerdotes en el santuario del templo y en todas partes pueden, deben prestar a la humanidad el insuperable servicio de abrir con el Catecismo a las nuevas generaciones los tesoros de la doctrina católica y formarlas en él, para que, bien empapadas de espíritu cristiano, enamoradas de la verdad, de la justicia y de la caridad del Evangelio, encendidas en el amor de Jesucristo, pueda edificarse sobre ellas la paz futura, la única paz digna de este nombre que es la paz cristiana.

Nos no ignoramos lo mucho que entre vosotros se trabaja en la formación de los catequistas y en la organización de las catequesis; Nos sabemos —y de ello no podemos menos de congratularnos— que vuestra legislación escolar muestra en sus redactores una clara conciencia de la importancia del problema y de los deberes de quienes son gobernantes en una nación católica; pero precisamente por eso hemos querido aprovechar esta oportunidad para exhortaros a perseverar y a ir siempre adelante. No os contentéis con dar gracias a Dios por «la amorosa providencia con que os hizo la inmensa merced de nacer en un hogar cristiano, en una patria iluminada, desde los albores del Cristianismo, con la doctrina del Evangelio», sino que, para

mostrarle vuestra gratitud por un don tan insigne, habéis de procurar, cada uno desde vuestro puesto, que «nadie entre vosotros ignore las salvadoras enseñanzas » (cfr. *Oración para lograr los fines del Congreso*) de la Religión cristiana, aunque para ello fuera menester vuestra cooperación y vuestro sacrificio personal.

Y vosotros, miles y miles de pequeños que en este momento, con los ojitos muy abiertos, oís la voz de vuestro Padre, un Padre que desearía poderos abrazar a todos uno a uno; vosotros, esperanza segura de la Iglesia y de la Patria, almas candorosas donde todavía se refleja pura la luz suave de la inocencia, corred ansiosos a la catequesis, no dejéis de la mano el Catecismo, escuchad sin perder palabra a quien os lo explica, aprendedlo bien, entendedlo en cuanto podáis y no olvidéis jamás esa doctrina que acaso un día —fecha remota que ahora no podéis ni vislumbrar— será vuestra tabla de salvación en las tormentas de la vida. El Papa quiere que en el Catecismo aprendáis a colocar a Dios en el centro de vuestra vida, a conocer y a amar a Jesucristo, a vivir en su gracia y en la fiel observancia de los Mandamientos; a ser buenos, a ser obedientes, a ser estudiosos, a ser sobre todo piadosos. Y para ello el Papa, desde este Vaticano —hasta donde parece que las ondas del mar traen las auras de vuestra Barcelona—, os envía por miedo de las ondas etéreas la mejor de sus Bendiciones, para vosotros, para vuestras familias, para los que han tomado parte en esta asamblea, y de modo muy particular para sus organizadores, para todos los propósitos y planes que del Congreso han sido el fruto tangible, para vuestra industriosa región, para las dignísimas autoridades, que, con su presencia, han querido contribuir al esplendor de este acto, y para toda la católica España, objeto siempre de afecto especial para el Vicario de Cristo.